
INTRODUCCIÓN.

Lo que quería y lo que ocultaba la Intervención francesa.—Los verdaderos motivos.—Proyectos gigantes.—Contradicciones resaltantes.—La empresa se basaba en el hundimiento de los Estados-Unidos.—Papel que representaba Francia ante el conflicto de esa nación.—Monarquía norte-americana.—Males de una política sin freno.—Silencio impuesto á la prensa respecto á la cuestión de México.—Lo que se permitía decir.—Debilitase la Francia con la guerra traída á México.—Preocupación de los adictos á la política napoleónica.—Esta no se conforma con la separación de España.—El antiguo y el nuevo régimen en México.—Necesidad de elegir un príncipe extraño.—Probabilidades contra la monarquía en México.—Aprensiones sobre la división del poder entre el futuro Imperio Mexicano y la Francia.—Otros motivos de inquietud que se veían con claridad.—Entre ellos se enumeraba la actitud de los Estados-Unidos y la de Inglaterra.—Conflicto entre los principios de progreso y de conservación.—El partido liberal mexicano jamás creyó chocar con los franceses.—Anómala unión de los franceses con los reaccionarios mexicanos.

¿Qué significado tenía la expedición francesa en México? ¿Qué quería y qué ocultaba? Parecía que Francia no podría contestar á esas preguntas, y que derramaba su sangre y la ajena sin saber por qué. Los proyectos de Napoleón eran impenetrables á la multitud. Se decía que quería imponer en México, el dominio que había impuesto en Francia; se hablaba de un crédito fraudulento de tres millones convertido en setenta y cinco, y que el ejército francés venía á establecer una monarquía austriaca. Los verdaderos motivos consistían en hacer de México punto de partida para someter un hemisferio, de conformidad con el espíritu bonapartista, en el que se abrigaba la quimera de formar el gran imperio napoleónico, imposible en Europa, pero que se creía seguro en América.

Despertadas las ambiciones desmedidas de poder, los espíritus que rendían culto á las ideas de conquista, veían que la ocasión se presentaba propicia en los momentos en que sostenían cruda guerra los Estados-Unidos. El gabinete de las Tullerías no esperó más que la primera noticia del descalabro sufrido por las tropas del Norte, y consideró demasiado ocupada á la gran república para poner obstáculo á una empresa bonapartista. Para el gran paso sobre el Nuevo-Mundo, se consideró á México el mejor punto; se calculaba que no habría ni necesidad de una larga guerra, estando la clave para vencer al gobierno de México en el puerto de Veracruz.

Pero ¡cuánta contradicción al lado de tan vastas ideas!; se proponían hacer independiente á México sujetándolo al extranjero y dar libertad al sufragio poniéndolo bajo las bayonetas extranjeras teñidas en la sangre de los que no entendían aquella especie de libertad, de la cual había de sacarse una monarquía austriaca y bonapartista. Quería Napoleón abarcar las Américas, la China y el Japón, y desarrollar el antiguo pensamiento de dominio universal; mas para sujetar las democracias hispano-americanas, relacionaba la cuestión de México con la de la raza latina puesta en contacto con los bonos Jecker. El mismo sentimiento de raza y de familia, impulsaba á destruir á los Estados-Únidos; reduciéndose en último análisis el pensamiento de la Intervención, á encadenar á los parientes porque lo eran, y á los extraños porque no había para con ellos los lazos de familia.

La empresa, basada en el hundimiento de los Estados-Únidos por la guerra civil, se reducía á apoderarse de México é imponer tronos á las repúblicas hispano-americanas, extirpando ó abatiendo la democracia en Norte-América, como una necesidad indispensable para el desarrollo de las ideas napoleónicas, del sistema condenado, estigmatizado por la república de Washington, democracia verdadera en la que se estrellaban las máximas del Cesarismo francés, llamado principio del orden y único vehículo para el progreso de las sociedades.

Sentaban como indiscutible los periódicos bonapartistas, que para salvar á México de ser absorbido por los Estados-Únidos, era necesario que otra nación se lo absorbiera. Julio Favre decía: "Yo digo que es preciso negociar en México; ¿y por qué? porque en la situación en que nos hallamos, no se puede hacer la guerra, sino cuando se tienen enemigos. Si no somos partidarios del general Almonte, no tenemos tales enemigos. Sólo tenemos deudores, y éstos quieren pagar. ¿No es evidente que el gobierno ha sido engañado por informes inexactos? Lo que pasa, demuestra que el gobierno que se creía impopular, y al cual sólo bastaría tocarlo para que cayera, tiene sin embargo vitalidad suficiente para haber reunido en torno suyo las poblaciones y habernos resistido."

El gobierno francés, reconoce al del Sr. Juárez para imputarle actos violentos, pero no lo reconoce cuando propone negociaciones; también se le acata para solicitar el permiso de que avancen las tropas aliadas hasta climas saludables, mas no para obsequiar las reclamaciones acerca del amparo que la bandera francesa daba á proscriptos y conspiradores; no es reconocido cuando protesta contra la violación del tratado de la Soledad, ni en la solemne proclama de los jefes superiores de la expedición francesa, y sí para oponerse éstos al tratado en que procuraba el gobierno juarista obtener algunos auxilios pecuniarios de los Estados-Únidos.

En este segundo tomo se verá que la cuestión militar queda como el único elemento que resuelve las dificultades con que tropezaba Napoleón III; llega primero el general Douay á reforzar el ejército expedicionario y después Forey y Bazaine; siendo éste el alma de la Intervención, establece la Regencia y la sujeta á un régimen disciplinario, tanto más duro cuanto más necesario le era el apoyo

de la fuerza extranjera, que ya no se cuidó de ocultar los planes que la habían conducido al territorio mexicano.

Los soldados franceses se encontraron en situación difícilísima, por la ligereza y el vértigo de una política sin freno y sin contrapeso; el ejército francés halló guerrillas por todas partes, grandes dificultades para hacerse de provisiones, al grado de haber exclamado el general francés en su proclama: "hemos sido engañados." Esto, que debía servir de correctivo, fué un aliciente para llevar adelante la empresa: "el pueblo mexicano no nos quiere;" pues en vez de cinco mil soldados enviémosle cincuenta mil; lo que equivalió á decir: si nos hemos engañado es preciso hundirnos más y más en la ilusión y en el error, en la falsedad y en la injusticia.

Los partidarios de Luis Napoleón, no pensaron siquiera un momento en los obstáculos con que iba á tropezar en sus planes relativos á México; daban por hecho que los soldados franceses eran invencibles, y hasta se publicó en un periódico la duda sobre si era cierto que hubiese vómito en Veracruz; no parecían preocuparse de los Estados-Únidos, ni creían posible que tan pronto como éstos arreglaran sus dificultades domésticas, se acordarían de la doctrina Monroe y se unirían á las otras Repúblicas americanas para destronar á cualquier monarca que se les impusiera, llevando adelante la gran batalla aplazada entre el republicanismo y la monarquía.

La guerra hecha á México sin otra razón que los proyectos de dominio universal, era nociva para la misma potencia dominadora bajo el punto de vista político y económico. La Francia fué la nación más querida para los latino-americanos; pero en el desarrollo de sus proyectos, Napoleón III se vería precisado á reconocer la nueva Nación de los confederados norte-americanos, y entonces no solamente quedaría amagado de muerte el pensamiento de establecer una monarquía latina y católica, con la cual había de revivir México bajo el protectorado de la Francia, sino que se contagiaria con la vergonzosa plaga de la esclavitud. ¿La Francia podría proteger entre los pliegues de su tricolor bandera, símbolo de libertad humana, una aberración cual era la que pretendían sostener los Estados esclavistas?

Si el Sur hubiese llegado á constituir una nueva República, habría sido un mal para la estabilidad del Imperio mexicano, pues hacía mucho tiempo que los confederados habían demostrado cuál era su moral, cuál su política y su derecho de gentes, con la anexión de una parte de México y las piraterías sobre Cuba y Nicaragua, así como con los programas oficiales del Presidente Buchanan y los proyectos de López y de Walker. El Sur, creado por la fuerza de las armas, hubiera tenido que continuar armado, y los filibusteros y los partidarios de la esclavitud irían adelante, llevando hasta su última etapa la absorción inaugurada en Texas. La República confederada habría demostrado pronto, cuánto se engañaban los que acogieron con alegría salvaje la guerra civil de los Estados-Únidos.

Los bonapartistas festejaron con entusiasmo la derrota de Mac Clellan, por-

que la expedición de México tenía necesidad de la ruina de la República Norteamericana, bajo cuyo concepto la emprendió Napoleón III, quien creía que los Estados separatistas no podrían permanecer como República, pues consecuencia de la esclavitud civil sería la esclavitud política, que necesita de una mano de hierro para sostener su sistema contra la humanidad y la civilización; y en tales circunstancias, la monarquía, apoyada en Francia y Austria, tendría probabilidades de dominar desde México hasta el Mississippi.

No había otro motivo para que en Francia se deseara la continuación de la guerra. La América del Norte ofrecía á los franceses inmenso campo para el comercio, seguridad para sus personas, aunque el gobierno norteamericano fuese muy susceptible y sombrío. En cambio en la América del Sur no veían más que anarquía, porque los países de esa América quisieron modelar su gobierno en las instituciones de las del Norte, sin estar preparados para ellas.

Los intereses franceses y el deber del Imperio exigían seguir una neutralidad bienhechora para la República del Norte, é inflexible para el Sur; unir á la expedición sobre México alguna inmisión en la lucha que se proseguía á orillas del Potomac, era provocar complicaciones, embrollar y agriar dos asuntos de los que cada uno era enorme; y si bien esa lucha permitía á la Francia intervenir en los asuntos de México, también se tenía que prever que el triunfo del Norte, el de la libertad humana, era la sola solución deseable y posible, rechazando la esclavitud, foco de todas las calamidades que agitaban á la América y de las inquietudes que aun sufriría en el porvenir. En Francia habíanse levantado siempre críticas amargas por las expediciones lejanas y pocos hombres de bien simpatizaban con ellas; pero Nación más apta para la acción que para prever, había buscado siempre en la guerra, ante todo, la satisfacción del amor propio.

Cuando Mr. Favre propuso como único medio compatible con el interés, con el honor bien entendido de la Francia, *tratar con México y retirarse*; le contestó Mr. Billaut con estas frases: "¡Tratar con México y retirarse! ¡No! Es preciso que se haga justicia; es preciso que el gobierno perjuro desaparezca ante el soplo de la Francia; que México, regenerado, vuelva á tomar un puesto honroso entre las Naciones y nos dé las reparaciones que tenemos el derecho de pedir." Esta vehemencia en el lenguaje, por motivos verdaderamente baladíes, probó que se ocultaban proyectos que eran otras tantas faltas de Napoleón, irreparables aun por el valor y la intrepidez de los soldados franceses.

En "*Le Moniteur*" jamás se veía ni el más leve informe respecto á la cuestión mexicana, ni respecto á lo que el Emperador se proponía en el asunto; se publicaban estadísticas criminales, se hablaba del tabaco y otros asuntos de interés mercantil; pero ni una palabra se decía de México, como si no existiese ó no estuviera invadido por un ejército francés. Algunas noticias acerca de la expedición, solían encontrarse en los periódicos oficiosos "*La Patrie*," "*Le Constitutionnel*" y "*Le Pays*," caracterizados por cierta acritud contra España é Inglaterra, y presentaban al Emperador resuelto á proseguir su intento en México, "cueste lo que cues-

te." A veces informaron, como si dijeran mucho, de que se había echado mano de gran número de buques mercantes para emplearlos en el transporte de provisiones para el ejército expedicionario; que Mr. Thouvenel iba á explicar en una circular á los agentes diplomáticos extranjeros, la posición sostenida por el gobierno francés en la cuestión mexicana, y esto se consideraba como mucho decir, pues en ese asunto presidía el silencio.

Y esto, cuando estaba muy dividida la opinión pública y reinaba la mayor excitación; los órganos del partido liberal "Le Siecle," "La Presse" y "La Opinion Nationale" atacaban al gobierno de una manera atrevida; el partido anti-imperialista encontraba en la cuestión mexicana un medio para propagar el descontento contra el sistema que regía en Francia, y esperaba que México fuese la roca en la cual se estrellaría el gobierno bonapartista. La Bolsa se resentía de ese estado de incertidumbre; las rentas públicas francesas decaían diariamente y se mostraba grande ansiedad, siendo notorio que no llegarían á arreglarse los asuntos financieros de la Francia, mientras el gobierno pudiera hacer tan grandes gastos por entremeterse en dirigir los negocios públicos ajenos.

Los hombres pensadores de aquella nación, estaban alarmados en vista de la disposición manifestada por el Emperador, de constituirse árbitro de los destinos de todos los países, y temían graves consecuencias de la política ambiciosa é incierta cuyos actos no obedecían á principios fijos, si no eran las sorpresas y continuos sacrificios en empresas que tenían que costear los que algo poseían.

No debió perderse de vista que también la Inglaterra guardaba actitud inquietante y tenía sobre Francia incontestable superioridad, por haber sabido conservar todas las estaciones marítimas de importancia, en tanto que su rival no solamente había perdido Santo Domingo y la Luisiana, sino hasta las más insignificantes posiciones que en la América pudieran servir para su marina. Inglaterra poseía las Bahamas en la entrada del golfo de México, más adentro la Jamaica y en el fondo Belice, fundada por sus negociantes para la extracción de la madera de tinte y de construcción, único puerto oriental en la Península Yucateca. En el interior mismo de México han tenido sus nacionales intereses de consideración, principalmente en minas de plata. Era de creerse que si el Archiduque Maximiliano cimentaba en México un Imperio, sería la Inglaterra su principal aliada; pero en el caso contrario, nada debía esperar de ella.

Habían causado impresión en París y Madrid estas palabras de Napoleón III: "Todos saben que el porvenir de la Habana depende del éxito de la expedición francesa en México." Trasmitidas al público en las columnas de "Le Patrie," parecían significar que España había hecho mal en separarse de Francia en la cuestión mexicana, pues obraba contra sus intereses poniendo en peligro la integridad de sus dominios. Algunos periódicos vieron en aquellas frases una amenaza á los Estados-Unidos, y la necesidad que tenía Napoleón de reanudar la alianza con España.

Todas las probabilidades estaban contra la consolidación de una monarquía

en México, invenciblemente contrariada por la naturaleza de las cosas, ó bien deshecha por tempestades venidas del exterior. ¿Era llegado el tiempo para fundar aquí una monarquía? En un país en que faltaban las virtudes caballerescas y en una sociedad tan dividida y heterogénea, ¿podría improvisarse un trono? las conspiraciones, las ambiciones, las querellas de raza, los motines que brotaban tan fácilmente en un territorio tan poco poblado, eran otros obstáculos insuperables para fundar la monarquía, que necesitaba estabilidad, reglas inmutables y respeto profundo á la autoridad.

Entre los tres millones que forman la población activa de México, se agitaban las cuestiones sobre el antiguo y el nuevo régimen; en el partido conservador había familias de los descendientes de conquistadores, de los virreyes y de algunos comerciantes que habían adquirido y conservado grandes fortunas; estas familias juzgaban que México podía llegar á ser un Brasil, colonia portuguesa en la que fué á reinar la casa de Braganza cuando la expedición francesa invadió al Portugal en 1808.

No querían fijarse en la enorme diferencia entre las dos situaciones, llegando la de México á ser un tenebroso caos, según pudo verse cuando á consecuencia de la caída de Puebla se verificó la erección del Imperio. Causaba grandes aprensiones la perspectiva que se presentara con la llegada de Maximiliano; preguntábanse los políticos, cuál sería la situación del nuevo Emperador frente al comandante general francés, uno con la autoridad nominal y el prestigio de la corona; el otro disponiendo en realidad del mando y de la fuerza. El asunto era más elevado de lo que á primera vista pareció, pues no se trataba solamente de la persona del general en jefe del ejército francés, sino de la dignidad de la Francia, de que era representante. Fué tan ardua esta dificultad, que según se verá produjo las más desastrosas complicaciones, pues siempre traen fatales resultados las situaciones mal definidas y son origen de peligros; dejar las soluciones sometidas á la mesura y al tacto, cuando sólo han de estar sometidas á la fuerza de los intereses que muchas veces son encontrados, es formar causas seguras de división. Esto, y la actitud que tomarían los Estados-Unidos, fueron los puntos oscuros que desde muy al principio de la Intervención vieron aun los menos perspicaces.

En las fronteras no era menor el peligro para la monarquía; un gesto de la República del Norte acumularía en ellas los materiales para combatir, peligro que estaba tan sólo aplazado por la crisis que agobiaba á esa Nación en aquellos momentos, para aparecer más intenso en el porvenir, cuando la paz dejara sin ocupación millones de soldados que se habían levantado con motivo de la revolución separatista; entonces las ambiciones encontrarían un vasto campo en México, los odios se desfogarían en nombre de la doctrina Monroe, encontrando los partidos un campo de reconciliación en el territorio mexicano.

Desde luego se notó la importancia de la guerra del Norte, pues apenas comenzada, recibía homenajes y excitaciones; los escritores bonapartistas esperaban ver la gran República de los Estados-Unidos tan debilitada como la humilde

realeza pontificia; multitud de aventureros europeos se presentaron en Richmond para alentar á los partidarios de la esclavitud y declaraban muerta la Unión americana, ese pensamiento de Washington consagrado con más de medio siglo de majestuosa y bienhechora fecundidad; venían á ser una especie de agentes provocadores que excitaban los espíritus y alentaban á los seccionistas con la esperanza de próximos socorros, encendiendo poco á poco esas chispas fugitivas los combustibles esparcidos, para vigorizar el formidable incendio que pareció acabar con uno de los más bellos monumentos de la dignidad humana.

Necesariamente se encontrarán en este tomo segundo las consecuencias de la lucha entre las nuevas teorías, en completo desacuerdo con las que habían puesto en práctica los dominadores castellanos, empeñosamente cuidadosos en excluir de los negocios públicos á los hijos del país, que luchando entre los errores del pasado y siguiendo las aspiraciones mal definidas del porvenir, habían gastado cuarenta años en estériles tanteos, en luchas ardorosas y disensiones intestinas, en las que acabó el principio de legalidad gubernamental y la fuerza reemplazó al derecho, origen y causa de la serie de pronunciamientos que en pocos años nos dieron gran número de Presidentes, como resultado del perenne conflicto entre los principios de progreso y de conservación, entre el republicano y el monárquico.

Muy lejos había estado el partido liberal mexicano, de creer que llegaría á encontrarse frente á los franceses, de quienes había tomado aliento para llevar á cabo la lucha de tres años; ese partido se inspiró en libres franceses y había adoptado por gufa y bandera los principios proclamados el año de 1789, de los que sacó el vigor y la energía que le condujeron al triunfo. Al partido liberal se habían asociado los franceses residentes en México, y de tal manera se le habían identificado, que de la Francia esperaban el apoyo para realizar sus ensueños de libertad nacional y de conciencia, y la colonización é inmigración en el porvenir.

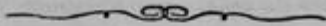
Los franceses residentes en México se unieron al partido constitucionalista y le alentaron cuando sufrió terribles y continuadas derrotas en el campo de batalla, distinguiéndose las de Salamanca, Ahualulco y la Estancia. Ahora vamos á encontrar á los liberales frente á ellos; vamos á ver al representante de los republicanos llegar á la orilla del río Bravo batido más que por el ejército, por la prensa francesa; y á pesar de tanta derrota y de mil y mil defecciones y actos de insubordinación, sabremos de qué manera llega á triunfar.

Por incidencia tocaremos ya los sucesos notables consignados en el primer tomo, relativos á la ruptura de los Preliminares de la Soledad, la supresión de la Convención de Londres, la retirada de las fuerzas de Inglaterra y de España, las protestas de los representantes de estas dos naciones y la declaración de Saligny de que Francia jamás trataría con el gobierno de Juárez. He aquí á los franceses enemigos del gobierno liberal, lo que jamás hubiera querido creerse; diciendo que venían á impedir que continuaran los pronunciamientos, ampararon con la bandera francesa á Almonte y protegieron á las hordas indisciplinadas de Márquez.

Las huestes francesas sostuvieron la actitud hostil frente á sus amigos y pare-

cían reservar sus favores á los que se habían manifestado contrarios á las ideas y á los principios que simbolizaba la bandera tricolor. ¡Extraña anomalía la que se verificó al reunirse las fuerzas reaccionarias de Márquez con los que proclamaban y habían extendido por todo el mundo los principios de Reforma y de Progreso! ¿No era esto un preludio del fin que había de alcanzar la obra contradictoria de la Intervención, que legó al Imperio sus errores y sus obstáculos? Desde el día en que Forey pisó el territorio de la República, se declaró en favor de las leyes de Reforma expedidas por el partido liberal y rechazadas por el conservador que pretendía ser apoyado, y no pudo dar su completo asentimiento al nuevo orden político en que tanto participio tuvo. Con esto y otra porción de hechos contradictorios, torpes, debilidades ó faltas de una y otra parte, se produjo la confusión y el peligro y se mantuvo la empresa de los franceses falsa é incierta.

Para escribir este segundo tomo, he consultado obras de mérito, como la de Mr. Gaulot, en que está mucha parte de la correspondencia entre Bazaine y Napoleón III; los opúsculos más notables referentes á la época, la correspondencia oficial del Sr. Matías Romero, representante del gobierno republicano en Washington; las crónicas del Sr. José M. Iglesias, en las que se ve todo lo que hacia y pensaba el grupo trashumante que llevaba la bandera de la República. Los periódicos de la época y todo lo que se escribió acerca de los asuntos de que se ocupa esta obra, han sido cuidadosamente estudiados para que en la narración no resalte ignorancia, bien dejando de relatar algo interesante, bien refiriendo con infantil credulidad hechos que pasaron de otro modo, valiéndonos también en gran manera para aclarar la verdad, algunas correspondencias particulares que nos ha sido posible consultar. Con detención hemos analizado obras tan interesantes como la de Kératry, titulada: *«Elevación y caída de Maximiliano;»* la de Duvernois, denominada: *«Intervención en Méjico;»* *«Los recuerdos de un oficial del Emperador Maximiliano,»* por Alberto Hans; *«Maximiliano y Méjico,»* por Carlos Héricault; *«Las Memorias del Príncipe y la Princesa de Salm-Salm»* y la refutación que de ellas hicieron los Sres. Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo; *«La Corte de Roma y Maximiliano,»* traducción de D. Lorenzo Elizaga; los apuntes de D. Epitacio Huerta y los Manifiestos de Márquez, Zuloaga y López; documentos todos que ha de consultar quien quiera conocer á fondo los sucesos de que trata este segundo tomo.





Fernando Maximiliano de Hapsburgo.

Ante las actas enviadas á Miramar por la Regencia que presidía D. Juan N. Almonte, como expresión de los votos mexicanos en favor del Imperio, juró el príncipe austríaco, poniendo las manos sobre los Santos Evangelios, procurar el bienestar y la prosperidad de la Nación mexicana, defender su Independencia y conservar su integridad. Poco antes había renunciado sus derechos al trono de Austria y á la fortuna privada de la Casa real, en su calidad de primer hermano del Emperador Francisco José. Aunque ambicioso, Maximiliano con su carácter de poeta, gustaba más de los dulces ensueños que de las penosas luchas de la política, en las que le impulsaba y sostenía su esposa la princesa Carlota Assalia. Nació en el palacio de Schonbrunn el 6 de Julio de 1832, murió fusilado en Querétaro el 19 de Junio de 1867.

